

UN «DROPENDEI» PARA JUANITO

Juanito tiene una colección de diccionarios donde busca la palabra «dropendei» y no la encuentra. Sabe que existe en el corazón cabalístico de las letras universales que dispersan el orbe por el orbe. Signos sensibles que se casan con el fin de hacer sentenciable, aparentemente real, aquello que pasa en el ánimo del hombre y que muchas veces se califica de inefable porque no se han encontrado las letras necesarias y exactas que cerquen la indefinición y la detengan.

«Dropendei».

Vagamente sospecha que debe significar algo que suma la soledad —con su tendencia a la desaparición por falta de sentido— con la vitalidad —esa representación que nos sustenta en el escenario donde uno puede hacer el elogio de la belleza de la chica que pasa por los pasillos y no morir de abandono.

Cuando lee
los poemas que ya escribió en otro tiempo y que reposan en la memoria del fuego,
los prospectos de las medicinas naturópatas,
las publicidades del té,
los trípticos de los Consejos Reguladores que cantan las virtudes del aceite y el jamón ibérico,
las prosas apátridas de Pau, con su fijación anal como argumento,
los Muy Interesante de escaso interés,
los boletines de propaganda municipal que excusan las inoperancias y las corrupciones,
los poemas abrahámicos y morfinómanos de su compadre Ramón,
los versos de obsidiana del sumo Moga,
las cartas encantadas de Ignacio Sanz que huelen a espliego y bondad,
las odas marítimas de Robert Benaiges,
la prosa afilada en el ingenio de Gustavo Becerra,
los elogios escondidos en las redes de internet sobre su propia obra, los subtítulos de todas las películas de Hollywood que colecciona con orden y denuedo,
cuando lee, digo,
intenta encontrar esa palabra que vagamente le hace pensar en una suma de alegre desesperación y amarga inventiva,
y no la halla.

Piensa: «Quizás Enrique que lee más, o Eugeni Perea que lee aún más y con mejor provecho, o Manolo que lo quiere leer todo pero no tiene tiempo, puedan decirme dónde está escrita esa palabra que es la suma de un atardecer con botella de ron y esa hora precisa en que ella me dijo que me amaría para toda la vida».

Piensa: «Se lo debería consultar al maestro Ramón Oteo o al sabio Diómedes. Si está escrita en alguna parte, ellos lo deben saber».

Piensa: «¿Y los editores? Paco y Olga, que tiene nombre de dúo argentino con guitarra de palo, o Sergio Gaspar, más imaginable dando clases de transilvano que de español, o Ramón Ortega, que dudó en su día entre comprarse un barco o montar una editorial, dos empresas cuyo fin siempre es naufragar, ellos, que leen más palabras que todos los locutores de los noticieros planetarios, podrían, quizás, orientarme».

Lo piensa, pero no lo hace porque es divisa de su estirpe no importunar a los demás con las manías propias. Hay que tener vergüenza torera y fajarse con el destino de uno mismo sin pendejadas de pedante, ni extravagancias de letraherido.

No obstante no deja de leer sin indagar, más o menos conscientemente, la ubicación de esa palabra que debe estar, sin duda, entre los miles de millones de renglones que el grafómano humano ha perpetrado a lo largo de su historia. Él, que no duda de que debe haber vida en algún planeta de las tropecientas galaxias que hay en el universo, ¿cómo va a dudar de la existencia escrita de esa palabra, «dropendei», que es la suma de la contradicción intelectual y la elegancia de la sabiduría popular?

Él, que tantas veces se ha sentido «dropendei» no puede dudar de su existencia por más que no la ha encontrado ni siquiera entre los poetas que más visita. No está en Catulo, Quevedo, Machado, Hernández, Blas de Otero, Estellés, Ángel González.

La ha buscado en la obra perfecta de Gerard Vergés y en la isleña de Ponç i Pons, que leyó por recomendación del consejero Gavinatus, y tampoco está.

¿Y si la cantó Jordi Cervera en Catalunya Radio? A él sí puede preguntarle, no en vano compartieron tunas o novias, antes, y ahora, nacionalidad, dos cosas muy íntimas. Otro ínclito reusense, Moragas, queda eximido de esta consulta, no por falta de conocimientos lingüísticos y literarios, sino porque a duras penas tiene tiempo para satisfacer las demandas de una familia genialoide, numerosa y con perros.

Camacho, aunque afectuoso y cercano en el sentimiento, está lejos y las confidencias —que son flores de invernadero— necesitan del calor de los encuentros para que florezcan.

Así que, aquí estoy yo. Haciendo lo que puedo y de la mejor manera que puedo.

Un día Juanito me dijo: «Me siento “dropendei” y no tengo ni idea de lo que significa, ni siquiera sé si existe esa palabra, o sea, que no sé ni cómo me siento».

Yo le dije: «Si te sientes así, es así como te sientes». Ya sé. Se nota la influencia de Cruyff en mi manera de plantear una salida de ánimo y resiliencia.

—¡Qué te parece Juanito, ya ves para qué sirve leer libros de autoayuda! Él fue un gran entrenador, es decir, un gran motivador y yo creo que estos pleonasmos funcionan. Yo soy amigo de mis amigos, así que no pude evitar quedar inoculado por el impulso de esa búsqueda.

Los nudos psicológicos es mejor no hacerlos que deshacerlos. Después hay que tener paciencia. El conocimiento es un cocimiento. No se da en crudo salvo en los mózares o los fischers. Los demás debemos dejar pasar los años que lo curan todo y todo lo ponen en su sitio. Y así, el otro día, relejendo, que es la mejor manera de leer, me encontré con estos versos de Juanito:

«Perro consumido por su propio **DoloR**,
perr**O** sombrío que nunca se calla,
PErro que está harto de llorar por las **No**ches,
que está harto **DE** llorar todas las noches por sí
m**I**smo»

Ahí estaba, el «dropendei», entre el áspero desengaño y la valentía de la asunción. Entre los años vencidos y la dignidad de los años.

Los sentimientos no suelen darse de una forma pura. Viene mezclados como los metales de la tierra. Hay que saber lavarlos, apartarlos, elegirlos, destilarlos, pulirlos. Hacer de ellos una herramienta efectiva o un acto de belleza. Algo así como un poema de Juan López-Carrillo.

Y como Juan sabe que los poemas son como esa horticultura aplicada a las palabras, que si las remueves y las riegas dan sus tomates líricos, así, cardando la tierra de las palabras fue a nacer este poema, que por supuesto, le dedico, que para algo cumple cincuenta años. Una edad que los hindúes aprovechan para dejar atrás las obligaciones sociales y familiares y dedicarse al encuentro de su propio espíritu. Hacen como tú, Juanito, se casan consigo mismo.

¿Otro lugar es posible?
¿Podemos imaginar
 qué es un artiluck?
¿Qué hay detrás de
 un dropendei?
¿A qué camino nos lleva
 Advaní?
¿Habrá allí irritación,
 egolatría, vulgaridad?
¿Cínicos aprovechados,
violadores del punto rojo?

Aquí acaba el poema. Cinco interrogaciones son suficientes para que funcione. Añadir otras, si no son un acierto, lo desequilibrarían. Pero, a la vez, me pregunto ¿qué tiene que ver contigo este poema? ¿Nada?

Se me ocurre añadir este otro verso:

¿Irán, allí, los iranés al cine
aunque estén muertos?

Ya ves, Juanito, cincuenta años no son nada y aún está toda la poesía por averiguar, todo poema por escribir.

¿Irán allí los iraníes al cine?